

EL FRACASO DE LA RAZÓN FRÍA ILUSTRADA

Carlos Díaz Hernández
Universidad Complutense de Madrid

1. Desilustración: fin de trayecto

Para nadie es un secreto que las convicciones que alentaron el comportamiento de las generaciones pasadas han entrado en una crisis de identidad extraordinariamente profunda. Todos los movimientos filosóficos coinciden en su irracionalismo, o al menos en su crítica al racionalismo surgido con la Ilustración. Semejante crisis de toda identidad (*nihilismo*) ha llevado a la *Ilustración iluminada* -que todavía ayer movía entusiásticamente voluntades- al banquillo de los acusados, en la medida en que gran parte de sus promesas han quedado incumplidas, o se han orientado en dirección radicalmente contraria. He aquí la tesis definitiva de Lévi-Strauss: “Creemos que el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo, reintegrar la cultura en la naturaleza y, finalmente, la vida en el conjunto de sus condiciones fisicoquímicas”¹. Se palpa la abolición del hombre. *Pienso donde no soy, luego donde soy no pienso*, tal rectificación cartesiana procede de un francés de nuestros días, Jacques Lacan². Tanto Gilles Deleuze, el filósofo nómada, como Jacques Derrida, el pensador que piensa contra el pensamiento, se concitan en su común deseo, *la deconstrucción*, que “no consiste en pasar de un concepto a otro, sino en invertir y cambiar tanto un orden conceptual como uno no conceptual con el que se articula”³. Así las cosas cabe preguntarse si quienes vivimos atentos a la marcha de la historia hemos de comenzar a pensar al margen de toda Ilustración, o si aún deberíamos intentar recrearla de nuevo, total o parcialmente; y ello a sabiendas de que, en todo caso, carentes de la debida distancia, nos encontraríamos como los egipcios castigados portando el cadáver agusanado del difunto hasta el propio agusanamiento del portador.

Hasta el presente, sin embargo, nadie ha sido capaz de definir la Ilustración, dada su laberíntica naturaleza y lo complejo de su trazado, donde tantas pistas se cruzan despistando finalmente o conduciendo a parajes tan insospechados como en principio oficialmente situados al margen del circuito ilustrado mismo. De santos y de locos todos tenemos un poco, dice el refrán, también de ilustrados. A eso hay que añadir que un exceso de proximidad al fenómeno dificulta la necesaria perspectiva; tantos árboles nos impiden ver el bosque. De todos modos cuando decimos Ilustración sabemos de qué hablamos; por Ilustración, en todo caso, entendemos nosotros ese conjunto de movimientos que, pese a lo diferenciado de ellos mismos, coincide al menos en los siguientes caracteres genéricos:

a) Su esfuerzo titánico por situar a Prometeo en el centro del discurso sobre la realidad personal y colectiva,

¹ *El pensamiento salvaje*, FCE, México, 1964, p. 357.

² *Escritos, I*, Ed. Siglo XXI, México, 1972, p. 202.

³ *Marges de la philosophie*, Minuit, Paris, 1972, p. 393.

b) por entender ese discurso de forma tan crítica con el pasado como risueña y acrítica ante el futuro abierto por el Progreso, consolidado por la Ciencia, y transmitido por la Educación, todo ello con grandes mayúsculas,

c) y tan antropocéntrica como irreligiosamente, presentándose de alguna forma como alternativa radical, e incluso religiosa, a la religión cristiana,

d) intentando con su lema ¡Atrévete a saber! sustituir todo orden simbólico donde cupiera el misterio, y tendiendo a poner en su lugar el orden de la Razón, pensada con mayúscula e inteligida unilateralmente,

e) mostrándose por último favorable a un estilo de vida hedonista y epicúreo, con menosprecio mal disimulado por cosmovisiones de corte más estoico.

En resumen, la kantiana e ilustrada *liberación del hombre de su culpable incapacidad*, ligada a un progresivo alejamiento del Edén y a una creciente proximidad respecto del paraíso en la tierra, pasará por alto que es a la Ilustración, por el hecho de venir después de la tradición cristiana, y no a la inversa, a la que correspondería el papel de disidente. Tal actitud tildada intelectualmente como *de izquierdas* o *progresista*, viene por lo demás sirviendo de mascarón de proa a perezosos de toda laya. Términos tan clásicos como *socialismo*, *progreso*, *vanguardia del proletariado*, *soberanía*, y tantos más se usan inercialmente porque carecen de recambio con sentido (de resultas de lo cual los alemanes han desarrollado la cultura verbal del *sogennante*, o del *por así llamarlo*), y esto sin hablar de otros ya totalmente borrados del mapa tras haber sido dramáticamente disueltos por el viento de la historia, tales como *anarquismo*, *comunismo*, *militancia*, *conciencia de clase*, etc, ya irreciclables. ¿Cómo, pues, pedir a los eternos *intelectuales orgánicos* que al menos definan en sus campañas electorales qué quieren decir realmente cuando en sus respectivos eslóganes apelan emotivista, ilocucionadora y descalificadoramente a sus *opciones de progreso* (¿qué partido no optaría por el “progreso”, también hacia el precipicio?), a sus *opciones de izquierda* (es decir, no de derechas, ahora bien ¿cuál es la diferencia entre ambas?), y a todo ese sistema de apelaciones a símbolos y emblemas vaciados de contenido y argumento? En fin, que para nadie es noticia que las universidades que más presumen de Ilustración son aquellas donde mayor grado de servilismo y de instrumentalización de los símbolos se registran, olvidándose que los argumentos valen o no valen, los utilice Marx o *Tomarx* de Aquino, *marx* o *menox*... No. Las cosas no son verdaderas porque hoy las diga o no las diga la ya empalagosamente hipercitada y escolásticamente recitada Escuela de Frankfurt, entre otras cosas porque tiempos vendrán en que, pasada la pleamar, se descubra por ejemplo algo tan sencillo como que dicha académica Escuela nunca existió en singular (recuérdese que aquel taxista germano solicitado para dirigirse a la Escuela de Frankfurt preguntó: ¿a cuál de ellas?), pues como todo *ismo* terminará usado exclusivamente por los argumentalmente perezosos. Algo ocurre cuando, en lugar de esforzarse por encontrar nuevos conceptos para designar nuevas realidades, se usan vocablos a falta de categorías conceptuales más rigurosas. “El comunismo en crisis. El capitalismo en crisis (salvo que todavía no se ha enterado). La moral tradicional desde hace años en crisis. La moral -o lo que sea- sucesora suya, en crisis reciente. La fe en crisis, la esperanza en crisis, la caridad en crisis. Y la libertad en crisis, la igualdad en crisis, la fraternidad en crisis”. Así rezaba ya entonces la lápida de un Curso de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial (1990) bajo el título *La crisis de*

todo. Luego han venido otras... Fin, pues, de trayecto, *Nowhere*, *Nusquama*, Ilustración no se ha sustanciado en parte alguna como no sea en la fantasía de sus diseñadores, las *Eutopías* de sus doradas golondrinas heridas de muerte no saben cómo salir de su *deslustración*, o hacia dónde volar. Como si una utopía se borrara con otra de signo contrario, pasen y vean las *distopías*. La vieja dama Ilustración nos ha enseñado en su ocaso aquello que no debe volver a ser enseñado; peor aún, nos ha des-ilusionado de lo que no debe volver a causar ilusión, el ciudadano surgido de la modernidad ilustrada no ha sabido resolver el drama de la construcción de su felicidad. Como bien dijera Erasmo de Rotterdam en su enigmático *Elogio de la locura*, “ocurre que a fuerza de perseguir bestias feroces y de alimentarse de ellas estos cazadores acaban por convertirse también en alimañas, aunque ellos suponen que se igualan con los reyes”. De todos modos esto no impide una simultánea sensación de felicidad que recuerda mucho a la vieja descripción de Alexis de Tocqueville: “Veo una masa inmensa de hombres parecidos e iguales, que incesantemente se repliegan sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los cuales se llenan el alma. Cada uno de ellos, tomado aparte, es extraño al destino de todos los demás”. Y de esta guisa lo que fuera pasión por el saber se ha tornado de nuevo obsesión argentífera, como en el *Satiricón* de Petronius escrito en el siglo I de nuestra era cual si fuera pensando en nosotros:

"Quien tenga dinero
navegará siempre con viento próspero
y domeñará la Fortuna a su capricho...
Si es poeta y orador, convencerá a todos,
ganará todos los pleitos
y su prestigio será mayor que el de Catón".

J. B. Metz ha escrito en tal sentido un duro artículo titulado *Contra la segunda inmadurez* (1988), donde rememora la primera inmadurez criticada por Kant en su *Qué es la Ilustración* (1784), afirmando que dos siglos después aún no hemos superado la primera inmadurez, la de los *analfabetos felices* cuyos síntomas son el desinterés por el sujeto, el desprestigio de la memoria, el empobrecimiento del lenguaje, la pérdida del sentido de la realidad en favor de la simulación, la ausencia del sentido político, el adiós a la historia, etc. O sea, los telefilmes venezolanos, esa especie de ontología lacrimógena del presente, donde, a la vista de tanto drama, el presente amenaza constituirse no sólo en deplorable espectáculo pasado, sino también en el mejor futuro posible. La Ilustración ha querido usar de la razón para lograr la felicidad y ahora anda a vueltas con la pregunta de Camus: “Dime, ¿habrá un solo lugar en el mundo donde alguien pueda perdonarnos?”.

2. Los cuatro apocalípticos jinetes de las promesas incumplidas

Ilustración tras Ilustración, varias han sido -y solamente a las cuatro que consideramos más importantes nos referiremos en lo sucesivo- las promesas *emancipatorias* incumplidas (hasta podría decirse, los dogmas de fe ilustrada conculcados)

que han convertido a los biznietos del desafiante Prometeo⁴ en desgraciados herederos del pobre Epimeteo, hasta el extremo de que Alasdair McIntyre propone en su *After Virtue* abandonar la modernidad ilustrada para buscar la solución en la premodernidad, aquel lugar donde la moral respondía a planteamientos de universalidad, esto es, en el mundo griego. No faltan sin embargo, a pesar del cúmulo de evidencias adversas, los partidarios de la Ilustración que todavía esperan demostrar que, rectificadas sus errores, contiene ella misma en su propio interior los mecanismos correctivos suficientes. Se trataría, pues, a lo sumo, de una enfermedad curable, y hasta de una crisis de crecimiento que no deberíamos alarmistamente tomar por una señal de consunción definitiva. Jürgen Habermas, por ejemplo, piensa que la Ilustración sigue siendo la mejor herencia de Occidente, por eso en lugar de despreciarla por fracasada la considera meramente inconclusa, tratando de mostrar en su *Teoría Crítica* que aún es posible un tipo de saber intersubjetivo que brote en el seno de discursos diferenciados, donde lo uno de la razón y lo múltiple de las subjetividades fragmentadas se pudieran interpenetrar. ¿Nostalgia recursiva de lo moderno inútil ante un enfermo herido de muerte al que ningún paño caliente bastará para recuperarle, pues una pequeña desviación de la verdad -y a más abundamiento una grande- llevada hasta el

⁴ Tres son básicamente las metamorfosis de Prometeo, el cual emerge del paisaje mitológico heleno como el enorme titán empeñado en lograr la absoluta autonomía de los humanos sin sometimiento a los dioses: él modela a los hombres con arcilla, les enseña luego a retener para sí la mejor parte de las víctimas que se sacrifican a los dioses, intenta robar a Zeus el fuego que en su calidad de Dios máximo poseía en exclusividad, y por último enseña a su hijo Deucalión a construir una enorme arca con la que salvar a la humanidad del diluvio enviado por Zeus como castigo por sus fechorías. Encadenado Prometeo en el monte Cáucaso, cada mañana un águila vendrá a roer su hígado, sede de la fuerza necesaria para romper las cadenas, aunque volvían a crecerle durante la noche: “En cuanto a Prometeo de sutiles designios, Zeus lo cargó de ligaduras inextricables, trabas dolorosas que enrolló a media altura de una columna. Luego soltó sobre él un águila con las alas desplegadas, y el águila comía su hígado inmortal”⁴. A pesar de todo Prometeo soportaba con altivez tal suplicio. La tensión cesa cuando por fin Heracles da muerte con sus flechas al águila y libera a Prometeo, ante lo cual Zeus, orgulloso de la hazaña de su hijo Prometeo, suaviza el castigo imponiéndole tan sólo la obligación de llevar un anillo hecho con el acero de sus cadenas y un trocito de roca. Prometeo, a cambio, revela un secreto a Zeus indicándole que no se despose con Tetis, porque ésta engendrará hijos más poderosos que su marido. *Una segunda metamorfosis* surge durante la Ilustración: para el Prometeo ilustrado la ciencia y el progreso harán enteramente innecesaria la tutela divina, pues la criatura humana podrá alcanzar con sus solos medios aquellas potencias o facultades anteriormente reservadas en exclusiva a la divinidad, a saber, la fuerza, la providencia, la inteligencia, un *prometeísmo integral* por un lado *intelectual* (pues se cree que el hombre llegará a saberlo absolutamente todo, sin ningún límite) y por otro *moral* (el hombre bueno por naturaleza terminará por construir un paraíso en la tierra). Así emancipado de la divina tutela, el ilustrado asumiría sus funciones adultas agigantándose con el tiempo hasta tocar un día feliz el cielo con sus propias manos, como Prometeo. *La tercera* está representado por Karl Marx, entusiasta seguidor de Prometeo, ahora *proletarizado*, es decir, desencadenado definitivamente tras su enfrentamiento con los olímpicos de este mundo capitalista y al mismo tiempo con todos los de un más allá olímpico supuestamente aliado con los poderes de este mundo. Este nuevo *titán proletario* del siglo XIX constituye una de las herencias más firmes de la Ilustración, y se ha mantenido hasta la caída del Muro de Berlín. Y es aquí donde se sitúa el último *traspies de Prometeo*. En efecto, el marxismo cometió al menos un error de bulto: trató de convertir en divino al hombre (un hombre que ya era de origen divino) porque no quiso reconocer su condición de hombre (y por ende tampoco su origen divino); no quiso querer el querer humano y decidió querer con querer divino, pretensión tan vana como sería la de pedir que el ojo se convierta en el sol, o que por el mero deseo de la mente se trocase la sustancia de la realidad. Vistas las cosas más de cerca, en realidad el error de Prometeo se reduce al mismo error de Narciso: en el fondo, también Prometeo se enamora de sí mismo incapaz de enamorarse de lo que le supera, y en ese empeño ardoroso sucumbe. Prometeo travestido en Narciso, Narciso titanizándose en Prometeo: dos modalidades de un mismo querer *sobrevivir* viviendo *sobre*, para al final caer derrumbado sobre la espalda.

infinito deviene una desviación infinita?

El enfermo podría salvarse a condición de que cambiase radicalmente de vida, y desde luego a condición de que modificase radicalmente su forma de estar en la existencia, para lo cual necesita una *razón cálida*. Desde tal perspectiva, nuestro interés no radica en llorar la modernidad después de haberla loado, ejercicio narcisista propio de la cultura académica, especializada en erigir ídolos para darse luego el placer de derribarlos, y así sucesivamente; ni en loarla tras haberla denostado, camino reservado por su parte a la antigua clerecía. Así que, *distando de entrambas aguas*, lo primero por nuestra parte será apuntar aquellas promesas incumplidas (por incumplibles) que han de ser denunciadas; cuatro especialmente sangrantes, que han contribuido poderosamente a desnortar a la humanidad. Lo segundo, en fin, consistirá en sugerir grandes remedios frente a los grandes males, pues aun cuando tuviésemos propensión catastrofista no quisiéramos cebarnos en ella, y además no nos gusta. Al fin y al cabo se trata con este procedimiento que estamos ejerciendo de continuar la vieja metodología socrática que tras la ironía apelaba a la mayéutica. Examinemos, pues, sin más preámbulos, lo que mi hija Esperanza llamaría *signos patognomónicos* de este tipo de pensamiento, es decir, los signos que definen sin lugar a dudas la existencia de una enfermedad. En este caso, los cuatro signos patognomónicos que van a ser tratados sin más dilación.

2.1. Primer fruto prohibido: Omnisciencia. Llegaréis a saberlo todo en el futuro, porque el futuro es el tiempo del progreso

La primera promesa fallida ha consistido en la *promesa de saberlo todo*, la *gnosis* o salvación por el mero conocer, el delirio de las diferentes versiones de la mecánica clásica. El anuncio epistemológico por excelencia consistió en hacerle soñar al hombre que sería como Dios el día en que lograra dominar la *polimathia* o ciencia múltiple, esa ciencia que abarca los más diversos conocimientos, precisamente los contenidos en el árbol de la ciencia, y especialmente en el árbol de la ciencia del bien y del mal. No en vano el árbol de la ciencia del bien y del mal fue considerado antonomástico para Nietzsche, pues no existiendo otra ciencia que la ciencia de la conciencia quien dominara ésta dominaría asimismo aquélla; adueñarse de esa fruta prohibida exigía por otra parte alzarse contra el *Prohibidor* para convertirse en igual a Dios. De cualquier modo, éste había procedido también con toda claridad en su trato con Adán recomendándole evitar la frecuentación del que llevaba el rótulo de *árbol de la ciencia del bien y del mal*: “Y Yahvé impuso al hombre este mandamiento: ‘De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio’”⁵. Hacia ese se alzó, sin embargo, la mano rebelde. A *Prometeo Adán* no le interesó ningún otro árbol, ni el árbol de la felicidad, ni el árbol de la longevidad, ni el árbol de la fecundidad, ni el árbol de la amistad, ni el árbol lúdico, ni todos los árboles del mundo juntos, tan sólo el de la ciencia del bien y del mal. Y así fue como la manzana prohibida quedó agusanada desde el instante mismo en que el adamita pensado libre desde la eternidad depositó sobre dicha fruta su mano prensil buscando deificarse; por eso se

⁵ Gen 2,8-17.

convirtió él mismo en máxima manzana de la discordia, de la asechanza, y de la infelicidad. El resultado es conocido por todos. Hoy se encuentra con que aquél no ha resultado ser árbol tan frondoso, ni siquiera un arbusto, ni al menos un matojo, sino en buena medida un espejismo producido por el desértico siroco. Las torpes manos de la primera pareja destrozaron furtivamente lo real para dominar su interior, y luego no supieron recomponerlo; aquella avidez por curiosarlo todo iba a constituirse a partir de ese momento en una pulsión profunda y universal, y no sólo en un capricho de las esposas de Barba Azul.

Pero lo que aquí nos interesa es asistir a la conmoción del alma de Adán, inquirir el origen de su dramaturgia, y a eso vamos a dedicarnos a partir de ahora, esperamos que con un apetito intelectual menos desordenado que el suyo. A tal efecto comenzaremos preguntando si el hombre hubiera podido acceder a la ciencia del bien y del mal tomando la sabiduría de otros árboles, no precisamente de ese expresamente prohibido. Autores como Eugen Cioran han afirmado que lo dañino lo constituía más que ninguna otra cosa el árbol mismo, de ahí que el castigo de Adán resultase merecido, en la medida en que prefirió *el don de la sabiduría antes que su contrario, el don de la ignorancia*, don este último superior en mucho al de cualquier otro árbol, desde luego muy preferible al de la sabiduría, pues “quien está poseído por él actúa como profanador, como traidor, como agente de disolución, introduciendo un principio de fragmentación que vendría a destruir el orden y el anonimato”. Tal es, en todo caso, la afirmación de un pesimista radical que sin embargo afirma negando desde el don de la razón de que se sirve. Esta clase de filósofos del absurdo se apuntan a un bombardeo con tal de llevar el agua al molino de su desesperación; a pesar de su autoproclamado ateísmo son capaces de defender apasionadamente el relato del Génesis mismo, siempre y cuando les confirme en su negativismo. Y así, llevado Cioran de esa actitud, afirma en su libro *La caída en el tiempo*: “Lo que el hombre pedía era morir; queriendo igualar a su Creador por el saber y no por la inmortalidad, no tenía ningún deseo de aproximarse al árbol de la vida, no sentía interés alguno”. No muy lejos de Cioran, a pesar de su muy distinto punto de partida, José Bergamín, en *La importancia del demonio* escribe: “Una ciencia cierta: un saber del bien y del mal *a ciencia cierta*. Lo que le prometió la serpiente o el Demonio hablando por boca de serpiente a Eva y a Adán; lo que les hizo adquirir el conocimiento o la certeza moral de que estaban desnudos, perdiendo el sentido poético más puro: la ignorancia y la razón de estarlo. Al adquirir la *ciencia cierta* del bien y del mal aprendieron a conocerse a sí mismos, como quería y enseñaba el endemoniado Sócrates⁶, el fundador de la

⁶ El libro de Nora Muro, *La enseñanza en la Escuela Moderna de Francisco Ferrer y Guardia (Barcelona 1901-1906)*. Editorial Gran Vía, Burgos, 2009, nos recuerda que este socratismo lustrado se propaga entre las filas anarquistas, especialmente entre las españolas, a través de la *Escuela Moderna* de Ferrer Guardia, la cual se centra en los siguientes temas: laicismo, racionalismo, naturismo, idealismo pedagógico, cientifismo, anticlericalismo, libertad, igualdad de sexos, solidaridad, antimilitarismo, antipatriotismo, igualdad de clases, respeto a la conciencia, higiene y enseñanza integral, temas que se reflejaban también y coherentemente en los contenidos de los libros de lectura: la *Cartilla filológica*, *Las aventuras de Nono* (texto de Jean Grave que traducido por Anselmo Lorenzo tuvo el honor de prologar en Editorial MCA, Valencia, 2000, y que al parecer desapareció del mercado junto con su fugaz casa editora), *El niño y el adolescente* (de Michael Petit e igualmente traducido por Anselmo Lorenzo), *Sembrando flores* (de Federico Urales), *León Martín o la miseria: sus causas, sus remedios* (cuyo autor es Carlo Malato), *Patriotismo y colonización* (selección de textos con prólogo de Eliseo Reclús), *El*

endemoniada sabiduría del bien y del mal, de la moral científica”⁷. Yo no creo, sin embargo, que el deseo de saber constituya delito alguno del que la humanidad debiera avergonzarse; no es probable que del impulso de conocer se derive todo mal, ni que, como consecuencia de tal deseo, el hombre se haya dedicado desde entonces a dañar cual “inadaptado, exhausto y sin embargo incansable, sin raíces, conquistador justamente por desarraigado, nómada fulminado e indomable, ávido por remediar sus insuficiencias, y, ante el fracaso, violentando todo a su alrededor, devastador que acumula fechoría sobre fechoría, rabioso al ver que un insecto obtiene sin dificultad lo que él, con tantos esfuerzos, no sabría adquirir”. No. El ser humano no ha sido puesto en la tierra para columpiarse en el árbol de la nesciencia, la solución no consiste por ende en tornar con el *Gog* de Papini al Grande Embrutecimiento de la Pradera, con una ecología pobre de trotón, ni en destruir todo vestigio epistemológico como da a entender también Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*. La solución no estaba en retrogradar. Es cierto que el hombre se ha dedicado frecuentemente a propiciar el desastre tras haber ingerido la fruta del árbol de la ciencia del mal. Sin embargo, ¿comió tan abundantemente de ese árbol como para resultar tan malhechor? ¿cómo pudo haber hecho tanto mal tras haber degustado solo una manzana, un escaso fruto? ¿y cómo hubiera sido capaz de comportarse alguna vez bien, si se hubiese intoxicado del todo con aquel alimento? Y sobre todo ¿el árbol de la ciencia del bien y del mal era malo por ser tal árbol, o por ser árbol prohibido? Ahora bien, ¿cómo iba a ser malo un árbol que tanto define y representa al hombre, siempre instado a conocer y a progresar en el cultivo del talento de su inteligencia? Además, ¿qué función podría corresponder en el Jardín del Edén a un árbol defectuoso? Pero a su vez ¿cómo habría prohibido Dios un árbol si éste, que se encontraba situado nada menos que “en medio del jardín”⁸, no hubiese estado estigmatizado por alguna oculta imperfección, si no hubiese guardado al menos alguna especial inhabilitación para el uso humano?

a) Sobre todo, una rebeldía culpable, que lleva a Adán y Eva a querer saber para

origen del cristianismo (extracto traducido por Anselmo Lorenzo). En realidad, las bases ideológicas de la Escuela Moderna fueron dos: el anarquismo y el positivismo científico, tesis que con calzador se consideraban por aquel entonces complementarias (incluso los anarquistas más conspicuos así las tomaba en general, pensemos por ejemplo en Federico Urales en España y en Piotr Kropotkin en Europa), y que – contra sus propias pretensiones– distaban mucho de tener un rigor mínimo, aunque se aceptaban dogmáticamente por doquier. Patético y hasta vergonzoso resulta especialmente el tratamiento que se da al hecho religioso y la forma en que se lo despacha: pero muchos de los pretendidos “racionalismos” y muchas de las pretendidas “modernidades” son así y seguirán siendo así, si las personas no cambiamos. Especialmente tragicómico es el rechazo absoluto a la entrada en la Escuela Moderna nada más y nada menos que de *El Quijote*, por considerar que el camino del honor, de la caballerosidad y de la hidalguía cervantinas eran irreconciliables con el nuevo orden moral, científico, laico y progresista. Posiblemente la mayor innovación de la Escuela Moderna estuvo en el terreno de la pedagogía: antimemorismo, acción, aire libre, preocupación social, coeducación, liberación de la mujer de su atadura doméstica (profesión “sus labores”) etc, lejos del rancio escolasticismo de las escuelas católicas de entonces, abrieron nuevos caminos. Asimismo, cabe destacar su enfoque social, el de una escuela para la vida y para la sociedad liberada de las injusticias estructurales, asunto poco resaltado y en general olvidado por las escuelas que no animan a romper con el desorden establecido. De estos pedagogemas se nutrió en gran medida también el magisterio republicano Institución Libre de Enseñanza con las Misiones Pedagógicas, tesis aún presentes en el gobierno de Felipe González.

⁷ BERGAMÍN, J., *La importancia del demonio*, Cruz del Sur, Barcelona, 1961, p.81.

⁸ *Gen* 3,2.

ser como Dios. Y así como en el relato homérico el Hombre Prometeo es castigado por querer robar a Zeus el atributo que le diferenciaba respecto de los mortales, atributo éste (el ígneo elemento) que una vez socializado hubiera destronado a Zeus en favor de una república de iguales, así también en el relato paleotestamentario Adán (el varón) es castigado por dejarse embaucar por Adama (la varona) para ser como Yahvé⁹, toda vez que la *libido edendi* (el deseo de comer) fue utilizada allí como *libido cognoscendi*, y ésta a su vez como *libido dominandi*. Por su abuso, el buen discurso del saber deviene mal discurso del poseer. ¿Qué no hubieran sido capaces de urdir Adán, Eva, y la serpiente si luego de alimentados en el conocimiento prohibido hubiesen alargado su mano para tomar el fruto del otro árbol vetado, el árbol de la *longevidad*? ¿Hasta dónde hubieran llegado en su furia iconoclasta? ¿Hubieran continuado pareja Adán y Eva, o su desazón destructiva les hubiera sumido en la final hecatombe propia y ajena? Para evitar tales tentaciones así fue como Yahvé “habiendo expulsado al hombre, puso delante del Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida”¹⁰. Y es que el género adamita se especializó desde muy temprano en transgresiones: ¿Quizá fue el recuerdo del texto del Génesis que comentamos la razón por la que tanto se conduce san Agustín al recordar el episodio aquel en que saltó la tapia del huerto ajeno para robar unas frutas? Adán *transgredió* una prohibición divina al desear algo para sí y contra Dios; sólo cuando el *para sí* se utiliza *contra* Dios se convierte en luciferina la vocación de investigar. No quiso Adán respetar las leyes de Dios, pues en el fondo de su corazón se dijo a sí mismo: “¿Desde dónde habrás de establecer el *debes/no debes*? ¿Por qué no rechazas toda norma proveniente de los demás, aunque sea de Dios?” Esa pregunta situaba a Adán por vez primera como juez altanero de su propia determinación; con luciferina lucidez pudo decirse a sí propio: O Dios manda, o por el contrario no hay dios que mande; y ante ese absurdo (o Dios o el absurdo), Adán se erigió en deidad de sí mismo.

Además, con ese comportamiento dejó también al descubierto su primera soberbia (*hybris*), sin la cual quizás más tarde, probada su obediencia, hubiera podido acceder al árbol antes vetado. Ya estoy imaginando la mala cara del ilustrado empedernido al llegar a este punto: ¡Pero se está tratando de esta manera al hombre como a un niño! ¿Y? Pero ¿acaso no existen en cada uno de nosotros, como ha puesto de relieve el análisis transaccional con Eric Berne a la cabeza, un padre, un adulto, y un niño? Un ilustrado enfatuado sólo quiere ser tratado como adulto, renegando de los cuidados del padre, y de la cercanía amorosa de éste con el hijo niño: no hará falta recordar aquí cómo los ilustrados de la época inflaron pecho cuando Auguste Comte caracterizó al positivismo como el estadio adulto de la humanidad. De entre todos los ilustrados que siguieron la pauta adamita nos parece que nadie como Gotthold Ephraim Lessing llegó tan lejos al escribir estas palabras: “Si Dios tuviera encerrada en su mano derecha toda la verdad y en su izquierda el único impulso que mueve a ella, y me dijera *¡elige!*, yo caería, aún en el supuesto de que me equivocase siempre y eternamente, en su mano izquierda!”. No hará falta añadir que en este texto importa menos subrayar lo incomprensible de Dios (incomprensiblemente bueno, incomprensiblemente sabio,

⁹ Gen 3,22

¹⁰ Gen 3,24.

incomprensiblemente misericordioso), y mucho más lo prometeico; lo que el muy ilustrado Lessing pone en esta frase de manifiesto es precisamente lo que constituye el impulso adamítico, a saber, la autoafirmación del yo aún a costa de todo lo demás, a cualquier precio.

b) Pero existe otro motivo que según nuestro criterio contribuiría a explicar la transgresión culposa de nuestros protopadres, a saber, el *haber buscado una forma demasiado fácil de saber, a la que faltaba la paciencia del concepto*. El árbol de la ciencia, en efecto, no tenía carácter de intrínsecamente perverso, antes al contrario estaba bien en un Paraíso donde todo podía reputarse bueno en principio, como el hombre mismo. Aquel árbol no agotaba todas las dimensiones del saber, no quintaesenciaba *toda la ciencia*, y desde luego tampoco constituía la *única ciencia*, toda vez que también poseían valor rigurosamente sapiencial los árboles de la *con-ciencia*, entendida en sentido lato. En definitiva el árbol de la ciencia del bien y del mal distaba de ser el árbol de la *sabiduría*: Acaso la frecuentación del árbol de la sencillez, del árbol de la bondad, del árbol de la solidaridad, del árbol de la paz, del árbol de la amistad, etc, nos hubiera hecho no menos conocedores de lo realmente real que este otro árbol de la ciencia, supuesto lugar exclusivo y absoluto de lo profundo. Tal vez hubiéramos alcanzado más sabiduría existencial de habernos dedicado a cultivar con entusiasmo esos otros árboles y a tomar de ellos más gratuitamente sus frutos de amor y de felicidad, porque el peor reproche que podría lanzarse contra una civilización ilustrada sería el constatar que los frutos de su ciencia no nos hacen más felices, sino al contrario más desdichados. Y una sabiduría que no nos hace más felices ¿puede reputarse sabiduría? ¿es sabio aquello que no nos sirve para la vida? ¿es sabio aquello que dispara en el corazón humano impulsos y fobias disgregadoras? ¿sabio, en fin, lo que aumenta el instinto de muerte? Ciertamente, no, porque al fin de la jornada aquel que se salva sabe y, el que no, no sabe nada.

Yahvé Dios quiso evitarle a Prometeo Adán el enfangamiento por la senda demasiado errática si inmaduramente asumida de la ciencia que deslumbra y que le inhabilita para la sabiduría. El árbol de las luces ciega; como ciertos árboles de verbena, también él emitía y sigue emitiendo cataratas de capciosas serpentinatas multicolores, pero ante sus luces hay que protegerse la vista, del mismo modo que Ulises hubo de taparse los oídos para evitar que los cantos de sirena provenientes del océano le hundiesen en lo profundo de las aguas abismáticas. Al decir esto no estamos propugnando la mutación retrogradante del ser humano en mono capuchino yendo de árbol en árbol con exclusión de todo pensar, como es obvio; lo que estamos sugiriendo es que tal vez no toda la sabiduría proceda del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, que el saber no deriva de un sólo árbol privilegiado, convertido después en árbol de *la ciencia a secas*, excluyendo todo lo no reputado científico; lo que estamos sugiriendo, pues, es que del puro saber no nace un puro querer ni un querer puro, y por ende tampoco un saber bueno, antes al contrario puede salir de él -caja de Pandora- cualquier cosa menos la esperanza. Lo que nos gustaría proponer en consecuencia sería pasar por unos buenos cursos de formación profesional en las escuelas de pensamiento moderno para aprender el arte de la hibridación de los distintos árboles, de suerte que los frutos del árbol de la *ciencia* se convirtiesen a su vez sin

perder su fragancia ni su sabor noético en frutos simultáneos del árbol de la *conciencia*, del árbol de la *sabiduría*, del árbol de la *bienquerencia*. Una nueva *sabiduría ecológica* obliga ya a reforestar lo desforestado, y a volver habitable la tierra, según el *imperativo categórico adorniano*: *piensa de tal modo, que Auschwitz no se vuelva a repetir*. Y por eso, porque estimamos en mucho más la *eupraxia* que la ortodoxia retórica, nos parece que se halla bastante más cerca de la verdadera solución del problema de la razón (Auschwitz) Herbert Marcuse cuando, en la habitación del hospital, próximo ya a su muerte, le confió este secreto a Jürgen Habermas: “Ya sé dónde se originan nuestros juicios de valor más básicos: en la compasión, en nuestro sentimiento del sufrimiento de los demás”.

2.2. Segundo fruto prohibido: Individualismo

La segunda promesa fallida de la Ilustración consistió en afirmar que *a la verdad del árbol del saber se va por la soledad*: *Ego cogito* en Descartes, *mónada* en Leibniz, *Ich denke* en Kant, solipsismo en Carnap, y finalmente para no aburrirnos, en argentino, *vos sos un flaco que piensa*. La razón exhibe rasgos monadológicos, pues separa y conduce al escepticismo, de ahí lo indisoluble de la terna razón-mónada-escepticismo, y por ende lo innegable de la reducción de filosofía a *filautía*. ¿Cuántos esfuerzos de ingeniería comunicativa no habrán sido menester para construir puentes entre el yo y el nosotros, entre el yo y el tú, después del bombardeo epistemológico cartesiano que terminó por destrozarse todas las vías de acceso al prójimo? Nada más patético en esta secuencia que el esfuerzo de Edmund Husserl en su *Tercera Meditación Cartesiana* donde pretende salvar la soledad del viejo *cogito* de Descartes introduciendo un pálido *cogitatum* que serviría de hipotético correlato al triste *cogito*. El husserliano *ego cogito cogitatum* sin embargo no pasa de ser una vaca sin leche, por muchos *cogitata cogitataque* que se añadan al pobrecillo sujeto cogitante como señoritas de compañía a su alrededor. Nada bueno en esta línea por ende, a pesar de que el *yo* haya pretendido ganar batallas después de muerto Descartes, o de que el Círculo de Viena se haya comprometido hasta las cejas con su criterio estrecho de verificabilidad respecto de la existencia del prójimo y del mundo. En resumen, nadie más buscado que el *tu quoque* por la policía filosófica, y sin embargo nadie más celosamente oculto pese a *Wanted*s innúmeros como compensación para los aprehensores. Todo en vano.

Descarnado el yo pensante, enajenado de su yo volente, separado de todo convivio, el pensador de Rodín curvado sobre sí mismo y apoyado en su triste barbilla podría elevarse a la condición de escultura emblemática para el filósofo en la búsqueda patética de una razón desolada por culpa de su impenitente asolarse. Todo diálogo ha sido reconducido aquí al interior del monólogo, o concedido como añadidura condescendiente pero no constituyente: Narciso bajando un poco de su pedestal, eso es todo; Narciso habiendo convertido su propio cuerpo desnudo en signo de interrogación. Llevaría razón, así las cosas, quien hiciese notar en este momento un hecho: que el proceso de disgregación de los vínculos comunitarios ocurre con anterioridad a la Ilustración, debiendo situarse en la baja escolástica nominalista. Pues bien, en todo caso el asunto continúa siendo el mismo de entonces, a saber, *la cuestión de los universales*: cuando no existe nada universal, cuando todo se reduce al individuo aislado, lo único real será el

narcisismo, el imperio de Narciso individualista, el ego de cada cual. Ni rastro del estadio ético de Agamenón, ni del estadio religioso de Abraham, tal y como había vaticinado Kierkegaard. La *posmodernidad* que sigue al fin de la modernidad (1789-1989: de la Revolución Francesa a su final simbólico, la caída del Muro de Berlín), deviene la apoteosis de la disgregación y del fragmento. A los más conformistas se les hace creer que, abolido lo universal, disgregado el vínculo común, reina ya la totitolerancia; obviamente, empero, no cabe tolerancia cuando no se reconoce el vínculo que me une al otro, y lo que se produce entonces es el imperio absoluto de la indiferencia, de la insolidaridad, y del imperialismo, donde el prójimo no reconocido es usado y utilizado como un medio para el engorde y disfrute de lo único reconocido como fin, el propio yo.

En un mundo cuyos límites son el azar casual y la necesidad, sin tú, sin el don de la alteridad, no cabe la gratuidad, por mucho que lo prediquen Vattimo y sus posmodernos; para que ésta exista se precisa la *causalidad personal*. Al margen de toda relación de sentido, lo máximo posible es un azar afortunado. La gratuidad, por el contrario, reconoce el carácter afortunado del encuentro que me eleva, y lo agradece de rostro a rostro, en el interior de una relación de convicción recíproca, de sentido, y de esperanza. Los últimos pensadores franceses, siempre tan sutiles en el arte de vender diferencias, ya no saben cómo calificar este proceso de separación que el individualismo potencia hasta el punto de que Jean Beaufret lo caracterizó como *hemorragia de la subjetividad*, y Deleuze en su *Anti-Edipo* ha tenido que reconocer que la enfermedad del siglo es la esquizofrenia. No contentos con la palabra *différance* recurren, en fin, al neologismo *différend*, la diferencia de la diferencia, la deconstrucción, etc. Un *neorusionismo* se ha extendido por las praderas *posmodernas* o *posilustradas*. En efecto, así como para Rousseau (frente al *amour propre* del egoísmo) el *amour de soi* “es un sentimiento natural que dirigido por el hombre mediante la razón y modificado por la piedad produce la humanidad y la virtud”¹¹, siendo a su vez la *piedad* “el primer sentimiento que toca al corazón humano de acuerdo con el orden de la naturaleza”¹², de la cual piedad o compasión derivarían todas las *virtudes sociales*, así también para el discurso individualista actual lo primero sería el orden emotivo del sentimiento, y de ahí saldrían luego las agrupaciones sentimentales capaces de restaurar el orden de lo natural humano. En este contexto, y en lo que Lipovetsky ha definido como *era del vacío*, no es de extrañar que bajo tales augurios Ambrose Bierce defina al Paraíso en su *Diccionario del diablo* con la siguiente causticidad: “Paraíso. Lugar donde los malvados cesan de molestarnos hablando de sus asuntos personales, y los buenos escuchan con atención mientras exponemos los nuestros”.

Así las cosas, la reducción solipsista resulta un signo patognomónico de enfermedad terminal, de consunción de la época si se quiere, que podría ser narrada con estas palabras de la obra *La puerta de la esperanza* del doctor Vallejo-Nájera: “La experiencia que tenemos los médicos sobre los enfermos terminales es que pasan por cuatro fases. En la primera siguen ocupándose del mundo que les rodea, leen la prensa, ven la televisión, siguen las noticias y, por supuesto, se interesan por su familia. En una segunda fase se circunscriben a lo que pasa en su casa, en su familia. En la tercera se

¹¹ ROUSSEAU, J. J., *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, La Pléiade, III, 219.

¹² IDEM, *Emilio*, La Pleiade, IV, 505.

reducen a lo que ocurre en su habitación, a los aparatos médicos que les mantienen con vida. Y en la cuarta y última sólo atienden a lo que ocurre en el interior de su cuerpo”¹³. En suma, que nuestra era se sitúa entre el irenismo y el ironismo; en el irenismo cuando así lo decide el subjetivismo del corazón y de la buena voluntad neorromántica, pues no se olvide que posmodernidad y neorromanticismo van juntos; en el ironismo relativizador (y la expresión es de Rorty) cuando roto y no compartido el vocabulario que fuera común, allende las inexistentes verdades objetivas o los trillados senderos normativos, los individuos hacen un esfuerzo por dotar de algún significado mediante la persuasión a los frágiles vocablos puestos en crisis. Es verdad que la nueva Ilustración de los siglos XIX-XX corrige a la anterior, pues Marx no habla del yo sino del nosotros del común ismo, en Freud nos encontramos un yo compuesto por Ello y Superyo a la vez, y en Nietzsche resultamos ser legión cada uno de nosotros en cada acto de nuestra volición. Lo que pasa es que la pluralidad, el nosotros en que convierte la tercera Ilustración al yo de la segunda, deviene un nos-otros donde cada uno se opone al resto: El yo contra el Ello y contra el Superyo (Freud), el proletario contra el capitalista (Marx), el guerrero vikingo contra el otro guerrero vikingo (Nietzsche), de resultas de lo cual si en la segunda Ilustración estamos solos, en la tercera nos encontramos mal acompañados: ¿Vale más estar solos que mal acompañados? ¿No hay más que esa disyuntiva? Cuanto más grande es el pesimismo respecto de las personas, tanto más necesario se hace un el Estado salvador, providente y paternal.. Y la razón resulta bastante clara: un individuo aislado se convierte en un individuo asilado por un Estado que a la sazón terminará por eliminarlo. Y es por eso por lo que afirmaba Mounier que en el fondo el fascismo (primacía de la tiranía suprapersonal) surge de una tentación de insolidaridad previa: de la ruptura de los vínculos personales. Ahora bien, el Estado no es la hipotética solución de recambio para devolver la socialidad perdida al individuo, y menos aún cuando la retórica sociedad civil se descompone y degrada, vale decir, cuando los elementos que la componen entran en crisis asociativa. El nosotros social ilustrado, lejos de desarrollarse bajo la augusta tutela de la racionalidad estatal prometida por Hegel, deviene un agente existencial conflictivo y polémico, y de esta manera todo cuanto en la Ilustración fuera promesa de llegar a la verdad por la soledad se torna degenerativa pretensión de llegar a la verdad por el conflicto y por la sospecha de todos contra todos, incluida la del yo contra sí mismo. ¡A partir de ahora se estará en la más terrible soledad en medio de la multitud, o en el más grande conflicto en el interior de una aparente soledad!. En ambos casos todo habla de la ausencia de experiencia reconocitiva en el rostro del otro, el pensar arrostrado, la epistemología fundacional en el mapa topológico de la ética. Con tal carencia nadie hallará ninguna posibilidad de acceso al nosotros primordial por el que clamó Martin Buber, y tampoco a la gratuidad de la voz pasiva, donde uno se deja interpelar por el Tú que me llama, donde el yo pienso se convierte al yo soy amado desde la eternidad, y donde el yo quiero se percibe como un yo soy querido, a la par que como un yo te quiero. Si no se supera el nivel de hiperactividad laboriosa del yo pienso, abriéndose desde la conjugación reflexiva a la conjugación transitiva, no haremos nada bueno. Con tal carencia, además, tampoco cabe eso que Levinas llama des-inter-esement, un des-inter-es que se instala en el entre del inter con

¹³ Cfr. también VALLEJO-NÁJERA, J.A: *Conócete a ti mismo*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1991.

toda la radicalidad ontológica del ser (esement), y que por cierto se instala desviviéndose, desinstalándose (des). Con tal carencia, en fin, tampoco es posible un ahora como mano que tiende a otra mano: un ahora que es main-tenant, mano que ahora me sostiene

Desde esta excelencia de la soledad incomunicada, a mayor religiosidad de la razón menor eclesialidad (Schleiermacher, Kant), llegando Goethe en una vuelta de tuerca más a definirse irreligioso por religión y a escribir que el nacimiento de Cristo no consiguió otra cosa que aplazar por unas semanas la fiesta de las saturnales sin llegar a suprimirlas; y hasta los *Beatles* llegaron a considerarse a sí mismos más significativos para la humanidad que Cristo. En definitiva, que la Ilustración podría considerar paremíaca esta frase: *para la plebe, religión; para la cultura, razón y, escepticismo*. Lo sagrado es lo que el individuo decide que sea sagrado. Cuanto más cercano a la filosofía pura sea el universitario tanto más descreídamente se comportará, por eso el número de agnósticos resulta abrumadoramente superior en la Facultad de Filosofía que en la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, quizás debido a que estos últimos conservan un cierto vínculo con santo Tomás por aquello de la construcción de las *cinco vías*, mientras que los profesores de filosofía, especialmente los del área de ética, se han tomado a pie juntillas que no se debe ver ni en pintura el árbol de la ciencia del bien y del mal, habiendo convertido a Hume en patrono laicista de tal prohibición, ahora del *es* al *debe* (falacia naturalista o *falacia de Eva*). Caso nada extremo en este sentido, y por lo ya dicho muy “moderno”, será el de Voltaire, que muy poco antes de morir deja escrito: “Muero adorando a Dios, amando a mis amigos, sin odiar a mis enemigos, y detestando la superstición”.

2.3. Tercer fruto prohibido: Desconfianza

La tercera promesa fallida y en consecuencia la tercera fruta dañina consistió en afirmar que *a la verdad se va por la duda, la desconfianza, la crítica, y la sospecha*. Descartes nos acostumbró a la “duda hiperbólica”, exagerada, para después negar la negación y así alcanzar la afirmación definitiva. Y así hemos procedido de siglo en siglo hasta hoy. De algo no puedo dudar si (y sólo si) dudo, a saber, de que existo. La mancha de la mora introducida por la duda con otra más grande pretende ser lavada. Si se nos permite, mostraremos en este punto nuestro más radical acuerdo con R. Panikkar: “El error fundamental de Descartes, como padre de la modernidad, junto con los fundadores de la *ciencia moderna* que desde entonces ha dominado la civilización de Occidente, consiste en que una vez que el método de la duda permanente se ha establecido conscientemente, no tiene fin”. Talante crítico, habla Max Weber: Ausencia de restricciones al derecho de discusión y de crítica, aplicado no solamente a los resultados parciales, sino a los fundamentos y a los métodos, porque la conciencia crítica forma parte de la conciencia científica. La ausencia de restricciones al derecho de desencantar el mundo mediante la ciencia es incuestionable. Nada ni nadie podría sustraerse a la primacía de la dubitación, tan abierta como interminable; crítica de la razón pura, crítica de la razón práctica, crítica del juicio, autocrítica, nadie será declarado inocente mientras no se demuestre lo contrario: No viviremos bajo el signo del *quae non prohibita permissa* (“lo no prohibido está permitido”), sino bajo el terrible apotegma policial *quae non permissa prohibita* (“lo no permitido expresamente queda prohibido”). Para razonar, criticar, todo puede ser

críticamente fundado, y en caso contrario nada valdría. Primero será fundamentar la razón misma, luego la crítica de la ética por la razón, después la fundamentación ética de la política, y así sucesivamente. Si ya Kant definió la Ilustración como la *liberación del hombre de su culpable incapacidad*, incapaz ilustradamente hablando resultaría todo aquel que de alguna manera se dejara acompañar por otro o de andar con el otro en el uso de su inteligencia. Ahora bien, la prohibición de co-pensar y la de *pensar en compañía*, la postulación de la capacidad inocente, terminarán arrastrando hacia el solipsismo más feroz, y hasta un ilustrado *enragé* como Lessing escribe a su madre en 1749, un poco molesto por esa exigencia de su época: “Comprendí que los libros harían de mí un sujeto culto, pero jamás un hombre”.

La razón en su uso puro: *contradictio regula veri*, así Hegel. Por dicha senda, el hombre de la modernidad ilustrada ha sido acostumbrado a usar de su *ratio* entendida como cálculo, es decir, como acceso desconfiado a la realidad, de la que cada cual busca su *ración* de razón, su tajada. Muchos suscribirían, más en veras que en bromas, así las cosas, esta definición que de *conocido* ofrece A. Bierce en su *Diccionario del diablo*: “Persona a quien conocemos lo bastante como para pedirle dinero prestado, pero no lo suficiente para prestarle”. El ilustrado se nos muestra como un *calculador*: *Dum homo calculat fit mundus, mientras el hombre calcula se hace el mundo* aseveró Leibniz. “Sentémonos en una mesa redonda para hablar de moral, y digamos: *calculemos*”, afirmaba el mismo autor, muy de acuerdo con el Benito Espinosa que pretendió demostrar una ética según el orden geométrico. Conocido es el resultado: tanto y tanto calcular lo que podría y no podría hacerse con el cálculo acabó roto en mil pedazos antes de comenzar a calcular, como el cántaro de la aguadora al pie de la fuente. Hegel, culminación de la Ilustración y por eso mismo su crítico, vio sin embargo certeramente que el cálculo en seco y la crítica en vacío resultan inconducentes. Más tarde Max Weber dejaría claro que la razón moderna lejos de configurarse como racionalidad crítica se orientó en el sentido de una *racionalidad instrumental* (*Zweckrationalität*) que la Escuela de Frankfurt ha calificado como *razón instrumental del iluminismo*. La Ilustración ha reducido a cientismo estrecho y a positivismo vulgar a la razón, y no contenta con fragmentar el deseo de saber en especialidades incomunicadas entre sí, ni con aguar el supuestamente inagotable deseo de saber reduciéndole a pragmatismo, ha unidimensionalizado el estilo de vida de los ciudadanos conforme a dicho uso y consumo.

Como señala bien Reyes Mate en su libro *Mística y política*, “por supuesto que el desarrollo científico disuelve gradualmente las supersticiones, pero disuelve todo el mundo simbólico, es decir, reduce a *quantité négligéable* las cosmovisiones metafísicas o religiosas tradicionales, sin sustituirlas por nada que asuma sus funciones, por ejemplo dar sentido y unidad a la vida. El mundo, así desencantado, es un vasto campo de acción en el que cada cual puede arreglárselas para lograr sus fines personales. El mundo no tiene más sentido que el que cada cual le da. Esta subjetivización de los fines últimos lo que indica es que el mundo no tiene un sentido único, sino tantos como queramos darle. El monoteísmo muere a manos del politeísmo”. Así pues, no es la primacía del conocimiento como pensaba la Ilustración, sino la del interés lo que se ha impuesto en el mundo. Habiéndolo comprobado, el Estado poshegeliano, so capa de garante de las necesidades comunes exigidas por la inevitable convivencia, ha ido usurpando cada vez en mayor medida la

necesaria racionalidad colectiva que los individuos han dejado de lado, triunfando al fin apoteósicamente el sueño hegeliano del Estado ético y racional, el monoteísmo estatolátrico: Hegel deviene el punto culminante de todo el movimiento ilustrado. Lo que ocurre es que Hegel no sospechó que así como los individuos van individualistamente a lo suyo, también el Estado acaba por ir a lo suyo, generando una burocracia que sólo satisface su propia exigencia, y no las del común. Su nombre, *terarquía*; su resultado, *teratocracia*.

Y es así como finalmente, pasado el sueño ilustrado, el ciudadano se halla entre la acracia individualista y la burocracia estatal, que busca sustituir al filósofo por el experto según mostrara Tierno Galván. El resultado ya se conoce: Imperio por un lado, Narciso por otro. McIntyre ha puesto de manifiesto, así las cosas, la hondura del fracaso moral que representa la Ilustración: El ilustrado, disueltas las convicciones objetivistas en nombre de la subjetividad crítica, después de haber intentado fundamentar la universalidad de la razón ética y social en la razón, vuelve al polvo y a la nada de la atomización solipsista que todo lo relativiza sin posibilidad alguna de comunión. De ahí que Nietzsche sobresalga como un gigante del nihilismo que tanto resalta el primado del individuo, de la autonomía moral desligada, de la voluntad heroica y belicista del guerrero vikingo. Muerto ya, pues, el proyecto marxista de la *kratía*, y todavía no nacido el proyecto anarquista de la *eukratía* de la libertad interior, las cosas degeneran hasta la *akratía* o ausencia de toda virtud, más allá del bien y el mal, más allá de todo proyecto solidario, más allá de todo.

Debemos, en llegando aquí, hacer justicia a la siguiente premonición de Soren Kierkegaard: si olvidáis la actitud religiosa de *Abraham*, que cultivaba las tres dimensiones de lo divino, lo comunitario y lo humano, entonces sólo podréis apelar a *Agamenón*, al cual sólo le quedan ya dos dimensiones, la social y la personal; pero si también os olvidáis de la memoria del héroe epónimo *Agamenón*, entonces sólo tendréis una dimensión de la razón: seréis hijos de *Narciso*, sin *Eco* alguno en vuestra soledad clausurada. Verdaderamente, nadie culto podría decir que Kierkegaard careció de lucidez para el pronóstico histórico. Pero pensar, a pesar de Descartes y de su narcisista descendencia, exige *pensar-con alguien*. Como nos ha recordado Stanislaw Gryegel, lo que los modernos llaman *ratio* viene etimológicamente de *reor* (*rerí, rati, ratum*), que quiere decir *calcular*. La razón resulta así cálculo, y esto lo contrario al desinterés de que se hablaba hace un momento: todo intento por llegar al otro al través de la mera razón culminará en lo que los canonistas aducen como causa de nulidad matrimonial, a saber, en el matrimonio *rato pero no consumado*, pensado pero no ejercido. La razón ilustrada deviene razón consumida por no consumada, y no es consumada a su vez porque no se ha *con-summatum*, porque no se ha dado desde el rostro del otro, porque no se ha co-sumado al tú. Nada de extrañar, pues, que uno de los pensadores favoritos del momento venga a ser Jacques Derrida, quien en su *De la gramatología* proclama: “Lo mismo sólo es lo mismo fingiendo ser lo otro”. La modernidad ha ignorado que a la verdad no se llega sólo por la eidética matemática, sino también y sobre todo por la cercanía auricular, por el *oído*, esto es, por la confianza de lo próximo; el oído es el oficio del filósofo. Verdaderamente, pensar sólo se puede si *consumadamente, con otro* y sobre todo *para el otro*; el mero dar vueltas a la *ratio rationis reddendae*, a su razón que quiere dar razón de la razón desde la razón que pide razón es trágico-neurótico y nos recuerda al Barón que pretendía salir del pozo en que había caído

tirándose de la propia coleta. Cómo se pueda dar razón desde la pura razón: he ahí la quimera del ilustrado impenitente, ignorando que de los últimos principios no hay razón que valga, sino mostración, intuición, evidencia. *Don Crítico*n, empero, remite a *Don Hipercrítico*n y éste por su parte a *Don Superhipercrítico*n Más Nuevo para renegar la evidencia, última en el conocimiento y primera en el reconocimiento. También aquí los últimos serán los primeros. Dar razón de algo exige preguntarse cuántos justos pueden salvar a Sodoma y Gomorra de su destrucción. Dicho de otra manera, el método, el camino del pensar no es otro que la *coeundia con-fiada* de dos que caminan juntos, aunque durante el trayecto hablen poco cuando lo importante es hacer aunque sea sin hablar, o hablando por los hechos, a pesar de que tal afirmación pudiera ser tildada de irracionalista.

¿Mas no constituye esto último una enorme *ingenuidad*? En parte, sí, si no difamamos la noción de esa ingenuidad que no es la simplonería de los perezosos, sino *lo que no se pone de rodillas* ante los mitologemas ilustrados por mucho que gocen de aplauso universal, y además lo *genuino*, lo que está en la estirpe o en la raíz de lo real. Por no arrodillado, por genuino, por su voluntad de llamar sin ira al pan pan y al vino vino, por su radicalidad de ir a las cosas mismas viviéndolas no sólo desde el discurso sino también desde la acción y para ella, por su vocación novatoria y su exigencia de transformar la realidad que el mero pensamiento dialógico sólo nombra pero no corrige, por todo eso el pensamiento genuinamente ingenuo ha de ser *utoprofético*. Tal vez cupiera hablar sin disfemismo, en todo caso, de una *lúcida ingenuidad* que propone pasar del pensamiento crítico ilustrado al *pensamiento ingenuo*, lúcidamente genuino. El día en que tal lo quiera el descendiente de Adán será también aquel en el que comenzará la lúcida ingenuidad.

2.4. Cuarto fruto prohibido: Irreligión

La cuarta promesa fallida con el subsiguiente fruto de amargura fue asimismo la de que *verdad y creencia se excluyen, razón y fe se contraponen*, por lo que terminada la fe advendría la luminaria de la Razón con una potencia absoluta: hemos dicho *absoluta*. Convicción esencial de los ilustrados: *en materia religiosa, para las clases populares, fe; para la clase alta, razón; para la clase superior, escepticismo*. A Pierre Bayle, prototipo de tal convicción, le parecía que una *república de ateos* sería más virtuosa y desinteresada que una república de católicos o de protestantes. Aquel *atrévete a saber*, aquella *liberación del hombre de su culpable incapacidad*, exigía la negación de la racionalidad religiosa, entendida como superstición. Semejante planteamiento, lejos de agradar a todos los ilustrados, disgustó a los menos *enragés* de entre ellos, por ejemplo Diderot y Dalember, los cuales definen en su *Enciclopedia* al *filósofo* (sinónimo por aquel entonces de rabiosamente irreligioso) como sigue: “Otros, en quienes la libertad de pensar se ha posesionado del razonamiento, son contemplados como los únicos verdaderos filósofos, porque se han atrevido a traspasar los límites sagrados de la religión, y han roto las trabas en que la fe encerraba a la razón. Confiados en estar libres de los prejuicios de la educación en materia religiosa, miran con menosprecio a los demás, como a almas despreciables, naturalezas serviles, espíritus pusilánimes, que se aterrorizan de las consecuencias que entraña la irreligión, y que no atreviéndose ni un instante a salir del círculo de las verdades establecidas, ni a caminar por nuevas rutas, se adormecen bajo el yugo de la superstición”.

La actitud del *philosoph* ha conducido a una razón unívoca, a una *superstición de la razón*, escrita con minúsculas pero leída con mayúsculas, que también hoy ciertos agnósticos inteligentes de otros países y aún del nuestro como Isidoro Reguera o Eugenio Trías por sólo citar un par de nombres ya han comenzado a censurar. Claro que hasta eso puede ser aducido por el irreductible ilustrado como una prueba más de que la Razón resiste a sus propias perversiones porque es capaz de autocriticarse; pero, al hablar así, desde luego fe no le falta: aquí se necesita humor para salir con buen pie. Mientras tanto, aquel resentimiento antirreligioso lejos de desaparecer ha dado en metamorfosearse adoptando apariencias más educadas aunque manteniendo la esencia de su intransigencia, en la medida en que parece perdonarle la vida al hombre religioso a condición de que *se convierta al humanismo* inmanente. Eric Fromm escribe en *Psicoanálisis y religión* apotegma tan radical como el que sigue: “La cuestión no es *religión o no religión, sino qué clase de religión*, si es una que contribuye al desarrollo del hombre, de sus potencias específicamente humanas, o una que las paraliza”. O sea, cuestión de psicología: si funciona según las leyes del humanismo, entonces la religión es buena. Más sensatamente escribía Marcuse en su *Hombre unidimensional*: “Hay mucho de *oremos juntos esta semana, ¿por qué no pruebas con lo cristiano?, zen, existencialismo, y modelos beat de vida*. Pero estos modos de protesta y trascendencia son más bien la parte ceremonial del behaviorismo práctico, su inocua negación, y el *statu quo* los asimila perfectamente como parte de su saludable dieta”. O, si no se pone al servicio del juego, adopta una actitud *criptomasónica*: el compás y la regla de cálculo del escudo masónico humanizarán a todo miembro de la correspondiente *logia*. Tampoco faltarán quienes identifiquen religión con fiesta rociera, o con el supersticioso bendecir solemnemente el flamante automóvil, al bautizo por lo civil y por el mismo precio se verá sometida a referendos asamblearios, a círculos de opinión o a clubs neoliberales. Todo listo para *la religión humanista-iluminista*, al fin y al cabo para eso se ha decidido que el buen salvaje, lejos de haberse contaminado con la polución urbana o con la maldad estatal, continúa tan bueno y puro como fuera puesto en el edénico Jardín, bastando tan sólo para su (re)presentación en sociedad con restaurarle un poco, una manita más de purpurina sobre la áurea naturaleza. Nada, pues, como una buena Ilustración-Restauración para reencontrarse con el eslabón religioso perdido, todo será cuestión de paciencia. ¡Oh, el hombre! ¡Ah, oh, es él! Felicidad que colma, magnificencia que arrebató, perfección que abrumbó, en la futura sociedad humanista no habrá más accidentes de tranvías. Un español casi olvidado, Serafín Alvarez, escribía en 1873 *El credo de una religión nueva* con tales palabras: “Es necesario hacer desaparecer los templos para convertirlos en escuelas y talleres; situar, en el lugar de los santos, máquinas; en vez de altares, mesas de estudio; en vez del incienso, cajas de reactivos; en vez de púlpito, cátedras; en vez de la función religiosa, la discusión científica. Es necesario, en una palabra, que desaparezca la fe y que comience el imperio de la razón. En ese sentido camina la humanidad desde hace algunos siglos; nosotros no hacemos más que interpretar esa tendencia, declarar el pensamiento social que hasta ahora hemos realizado sin tener conciencia de ellos. ¡Oh! Dentro de algunos años ya no se nos tachará de utopistas. Las catedrales, que ya están carcomidas por el tiempo y que no se aumentan porque no hay ya fuerza en la religión para levantar ninguna nueva, se habrán destruido;

las escuelas se habrán multiplicado en cambio, y entonces nosotros tendremos razón. Siempre quedará la religión entre nuestros hijos, como queda el recuerdo de una pesadilla, como viven dentro del cristianismo las vagas tradiciones de los magos y del culto de los espíritus, y el católico será como la gitana que hoy nos dice la buenaventura; pero esto no ejercerá ya influencia alguna en la vida. Las religiones antiguas han muerto ya para siempre en el corazón de los hombres”¹⁴.

Y es aquí donde se sitúa la expropiación de la dimensión religiosa del humano por el endiosamiento estatal, cuando las posibles verdades perennes *pasan al Estado*, gestor del consenso del que cabe decir lo que Sancho de Don Quijote: “Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje meter cuchara”. En este sentido, después de afirmar que lo justo e injusto, lo bueno y lo malo deben estar regulados por el Estado, en el capítulo XIX de su *Tratado teológico-político* establece Spinoza: “Quiero hacer ver que la religión recibe fuerza de derecho sólo por la voluntad de aquellos que son soberanos y que Dios no establece ningún reino singular entre los hombres sino mediante aquellos que están al frente del Estado; y además el culto de la religión y el ejercicio de la piedad deben acomodarse a la paz y a la utilidad de la república y ser determinados únicamente por los poderes soberanos, que de este modo se convierten en intérpretes suyos”. Y es así como el consenso dirigido por el Estado tiende a vaciar de convicciones profundas para mutarlas en la ilustrada *ética cívica pública* o *religión del hombre* o *religión democrática* según reza el *Contrato social*, religión natural o racional de la que se excluyen los misterios y los dogmas así como los mandamientos divinos, porque no se admite ninguna Revelación de Dios. El capítulo VIII del libro IV de dicho libro se convierte así en el breviario que impone la concepción religiosa de la Revolución francesa, a saber, que “los dogmas de la religión civil deben ser sencillos, pocos, enunciados con precisión, sin explicaciones ni comentarios”.

Así que, aleccionados por la incitación rusioniana, aunque sólo metodológicamente porque como está claro nos encontramos en sus antípodas, podríamos por nuestra cuenta y riesgo exponer la cuestión que nos ocupa tan clara y sintéticamente como sigue: -¿Qué se propone la ética cívica pública? Moralizar el comportamiento del hombre en cuanto ciudadano. -¿Cómo pretende lograrlo? Transformando al hombre (*homme*, buen salvaje) en ciudadano (*citoyen*, hombre con todas las de la ley). -¿De qué medios se sirve al efecto? Del *Contrato o consenso social* generado por las democracias parlamentarias protegidas por el Estado. -¿Dónde reside la fuerza de su intuición? En la convicción de que la ley no sólo genera convivencia, sino de que la regenera en su interior moralizadamente. -¿Quién es el cerebro gris de la misma? Rousseau, es decir, la Ilustración hedonista, que ha sustituido a Kant, o sea, a la rigorista. -¿A quién viene a suplantar? A la fundamentación de la moralidad a partir de cualquier imperativo categórico, especialmente a quien condujese tal imperativo a la fuente teocéntrica. -¿De dónde piensa extraer la fuerza para mantenerse? De una fe vaga pero ciega en la bondad natural del hombre, y en el Progreso a que conduce la educación”. Si con las Bienaventuranzas no cabe elaborar ningún programa de gobierno (Napoleón *dixit*), ¡ay de las ciudades que se organicen contra ellas! Legiones de

¹⁴ Fundación Banco Exterior, Madrid, 1986, pp. 35-36.

quiméricos buscadores de oro se lanzarán a la criba del fango precipitado por el rodar de la razón mundana, con la esperanza de hallar esa especie de aurífera piedra filosofal de la Naturaleza noble, pura, robinsoniana del hombre: “Pues ¿qué es la generosidad, la clemencia, la humanidad, sino la piedad aplicada a los débiles, a los culpables, o a la especie humana en general? La misma benevolencia y amistad son, si las tomamos adecuadamente, productos de una piedad constante, forjada sobre un objeto particular, pues desear que alguien no sufra ¿no es acaso lo mismo que desear que sea feliz?”¹⁵. Mas ¿dónde se ocultará esa ganga a la que se ha dado en llamar *naturaleza humana*? En ninguna parte. Ciertamente, a pesar de todo, existen en el hombre más cosas dignas de admiración que de desprecio, pero también las hay despreciables dada la tendencia transgresora del Adán avergonzado de su desnudez tras el pecado. David Hume se encarga de recordárnoslo a pesar de su ilustrada condición: “Cada vez que salgo de casa, dice, cierro la puerta, escondo la bolsa, y me echo una daga al cinto. En estas tres acciones queda condensado lo que pienso del hombre”. Dígase si el curso de los ilustrados días nos ha puesto en la tesitura de dejar las puertas abiertas (o por el contrario nos ha obligado a blindarlas), si no crecen los Guardabolsas que son los Bancos, y si las armas han desaparecido fulminantemente de escena, lo mismo individual que institucionalmente, o por el contrario constituyen el más grande y macabro negocio de nuestras calendas. Los hechos son en este punto, por desgracia, muchísimo más tozudos que las vagas proclamas teóricas sobre una supuesta y gaseosa edad esplendente del género humano, argumentos propios de una literatura rosa en cuyo favor nadie movería un dedo.

La fe en la humanidad, en suma, por muy respetable que resulte, no parece argumentalmente sostenible sin el parejo reconocimiento de su otra parte menos risueña, eros no existe en el hombre sin thanatos. En todo caso ¿por qué enorgullecerse de tener fe en la humanidad? Creer en Dios con plenitud invita asimismo a amar al hombre con plenitud. Y sin embargo persiste aquella crítica de charanga y pandereta contra el hecho religioso con la que el periodista Francisco Cañamaque escribía a mediados del XIX: “De nada a soldado; de soldado a guardia civil; de guardia civil a estudiante; de estudiante a abogado; de abogado a carlista; de carlista a diputado; de diputado a orador; de orador a faccioso; de faccioso a fraile, que es lo último de lo último, esto es, lo peor”. No pocos patéticos reavivan al farmacéutico ilustrado protagonista de la flaubertiana Madame Bovary: “Si yo fuera gobierno dispondría que se sangrara a los curas una vez por mes; todos los meses una buena flebotomía en interés de la policía y de las costumbres”. Todavía te encuentras, en cuanto rascas un poco en la superficie, con aquellos que para disimular su condición de comecuras desiderativos aseguran que las siglas C.N.T. de la anarquista Confederación Nacional de Trabajadores significan auténticamente Curas No Temáis. Aunque sea como mera muestra de lo infecundo de tales calamares que desfiguran lo que haga falta para esconderse tras la propia tinta, he aquí un par de opiniones amarillas pero hegemónicas: “Juan Pablo II proclamó la necesidad de rescatar las raíces cristianas de Europa como una forma de construir sobre bases morales duraderas el proyecto de la nueva casa común europea. Con ello parecía

¹⁵ ROUSSEAU, J. J: *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, III,155.

querer tirar por la borda la tradición laica y liberal nacidas al socaire de la Revolución Francesa, renunciando además al creciente pluralismo cultural y religioso que la aportación masiva de elementos extraeuropeos durante las últimas décadas ha hecho surgir en nuestro continente”¹⁶. Dejándose llevar por la misma corriente, que no precisamente corriente arriba, boga como sigue Alberto Cardín: “El Papa actual expresa todo un programa que es el mismo experimentado con éxito en Polonia (al menos en su parte negativa: derrotar al régimen ateo), y el que el Papa Wojtila pareció tener en mente desde el principio de su pontificado: la reconquista cristiana de Europa. El problema es si tras el hundimiento momentáneo de ese gran relato consolador que era el marxismo (no hablemos de fracaso definitivo: las doctrinas de salvación son recombinantes, y de hecho el marxismo ya está fundido con el cristianismo en la teología de la liberación) la opción de recambio debe ser necesariamente la vuelta a una ética normativa, con fundamento ontológico fuerte y, a ser posible, reforzada con lazos jerárquicos y litúrgicos; es decir, una especie de reactualización de la cristiandad medieval, tan atractiva en cuanto que proyecto civilizatorio homogeneizador como seguramente imposible en una sociedad plurimorfa, mediática, y tecnológicamente innovadora como es la actual sociedad europea”¹⁷. No es para estar tan seguros de que hayan desaparecido los vampiros del clero, ni de que no postulen una flebotomía semanal del mismo. Queriendo humillar la fe y liberar al hombre de su “culpable” incapacidad racional, debajo del ilustrado se encuentra casi siempre un devoto inconfeso, un devoto de la ciencia. El ilustrado, al definir en última instancia a la verdad como proceso, culmina en el Hegel de la Ciencia de la lógica, glorificando al Todo a costa de las partes; puesto que las partes resultan falsas a la corta, ya que carecería de sentido dialéctico situar la verdad en el todo procesual si se encontrara ya previamente en cada una de ellas, la Dialéctica habrá de consistir en extraer a la larga Grandes Verdades de donde hubo pequeñas mentiras. Por dicha estrategia de inmunización lo falso es verdadero, lo verdadero es falso sin que tengamos que inmutarnos: toda ciencia deviene nesciencia, y toda nesciencia sabe. Como ha dicho Kolakowski con ocasión de la Dialéctica negativa de Theodor Adorno en su cáustico libro *Las principales corrientes del marxismo*¹⁸, la dialéctica negativa no es más que un cheque en blanco firmado y avalado por la Historia, el Ser, el Sujeto y el Objeto, en favor de Adorno y sus seguidores. Y, añadamos nosotros, de los seguidores de los seguidores.

Sin reconocerlo, a los supuestos prejuicios de la iglesia que combate siempre replica el ilustrado con otros estereotipos reales. Una “biblia” sustituye a la otra, porque el racionalismo produce sus propios dogmas. La ciencia que quiso vencer a la fe fabricó un catecismo y un nuevo latín, de modo que creyendo haber roto con la piedad permanece en ella con un oscurantismo ¡que presume de luminaria racional! Credulidad militante y todo credulidad de nuevo, que ha pasado del escuchar sin interpretar al interpretar sin escuchar o para no escuchar. Aquí el otro no habla, sino que es hablado, de modo que su discurso sólo dice lo que el otro quería oír. Sordera del otro, hiperacusia mía. Tal es de momento el paradójico desenlace final del racionalismo iluminista. Con

¹⁶ *El País*, 28/3/1991.

¹⁷ *El País* 28/3/1991.

¹⁸ KOLAKOWSKI, *Las principales corrientes del marxismo*, Alianza Ed, Madrid, T. III, 353 ss.

Alain Finkielkraut podemos afirmar que, tomado como ser de razón, el hombre ilustrado es reconocido como soberano, pero tomado como sujeto psíquico religioso vive sometido, prejuzgando que el sujeto psíquico sano no puede a la vez vivir como sujeto religioso, pues la Ilustración reduce toda convicción de fe a disminución de la mente. La edad moderna se caracteriza por esa contradicción entre la presunta libertad de su espíritu, y la alienación efectiva de la conciencia con que prejuzga a las otras conciencias. Ya no existe logos alguno en el adamita ilustrado, y la significación de una palabra reside para ella no tanto en lo que el lenguaje dice, sino en el lugar desde el que la palabra es pronunciada. ¿Desde dónde hablas tú? Pregunta totalitaria por excelencia que lleva a esta otra: ¿quién habla en ti cuando crees que eres tú quien habla? No, no podemos aceptar la Razón como mera luminaria sin reconocer por lo menos sus sombrías penumbras. No sólo de razón vive el hombre, y desde luego lo que estamos esperando de los ilustrados mismos es una redefinición de la razón más humilde, más comprensiva, más analógica, más vital, más completa, más ajustada. No sería siquiera ilustrado andar por la vida a la altura de los conocimientos actuales asustando a los niños con un ¡que viene la Ilustración!

¿Resultados? La célebre deconstrucción, que es otra forma de marear la perdiz sin otro motivo que el de jugar a cazadores. La hermenéutica como mero subjetivismo. Los significados existen para ser descodificados o *deconstruidos*, el concepto de realidad objetiva es sospechoso parece formar parte de la niebla que los posmodernos ayudan a esparcir. El truco consiste en exiliar al autor del texto y proceder a descodificar o *des-construir* los significados que hablaban a través del autor, por más que él no lo supiera. Todos los significados tienen que abolirse poniendo de relieve las contradicciones escondidas en ellos. La verdad es elusiva, polimorfa, interna, subjetiva, nunca clara. Uno tiene la sensación de que el mundo no es la totalidad de las cosas construidas por personas, sino de los significados impersonales. La hermenéutica está para ello: cualquier cosa que sea está hecha por los significados que se le confieren, separados del flujo primario de existencia. Es una negativa a aceptar cualquier hecho objetivo o estructura en favor de los *significados*, histeria de la subjetividad del investigador. El *significado* no es tanto una herramienta de estudio como un embriagante conceptual, un instrumento de autoexcitación. El investigador demuestra tanto su iniciación en los misterios subjetivos de la hermenéutica como la dificultad del propósito objetivo mediante una compleja prosa llena de circunvoluciones para negar toda la idea de objetividad y claridad. Les interesa más lo que los antropólogos dicen acerca de ellos mismos. Las *metarreflexiones* sobre la crisis señalan el camino hacia las *metatradiciones* de *metarrepresentaciones*, y así sucesivamente. Nada pone fin al callejón sin salida para hipocondríacos que rechazan a quienes no sean lo bastante escépticos, que recurren a la duda como una justificación para su gran oscuridad y subjetivismo. Nada se parece realmente a nada y nadie puede conocer a otro (o a sí mismo) ni comunicarse. ¿Qué otra cosa puede hacerse como no sea expresar, en una prosa impenetrable, la ansiedad producida por esta situación? Su elaboración de una jerga científica, que ni tiene la agudeza de una definición, ni guarda ninguna verdadera relación con la realidad ni disciplina interna, suena lo suficientemente oscura e intimidante, donde cada uno puede presentarse como descubridor genial. Siempre es posible inspeccionar la propia alma y la

ansiedad por no descubrir nada, para pensar sobre uno mismo y caer en la *angustia hermenéutica*.

Pero atención, *contra toda subjetividad que no sea la propia*: ¡ni una sola broma cuando alguien trata de desmitificar-deconstruirle a él, *Su Mismísima Majestad Narciso!* Aquí hemos terminado el juego porque no valen ya para mi magnífico y magnificado Yo las reglas lúdicas que habían venido rigiendo para ti. Cuando de mí propio *ego* se trata, hay que defenderlo a capa y espada para no desmitificarlo, pero el *ego* de los demás es otra historia. Y, dado que en las universidades se emplea a gente para explicar por qué el conocimiento es imposible (en los departamentos de filosofía), tampoco queda nada claro por qué los departamentos de antropología tienen que reduplicar esta tarea, y además de forma un tanto *amateur*, al margen de cualquier *flujo de conciencia* objetivo ordenado y practicado¹⁹.

3. El profeta frío: Descartes

El personaje arquetípico de toda esta larga marcha podría resumirse en la persona del racionalista Renato Descartes (1596-1650), aunque de ningún modo le van a la zaga el Benito Espinoza autor de la *Ética demostrada geoméricamente*, la demostración geométrica de la bondad, ni G.W. Leibniz, cuya *Monadología* podría entenderse como una lectura energética de la realidad. En aquél se cumple la desconfianza, el solipsismo, la fe en el futuro de la razón sola, y la apología de la razón fría, así como el espíritu burgués²⁰. Frente a la filosofía objetivista antiguo-medieval, el

¹⁹ GELLNER, E., *Posmodernismo, razón y religión*. Ed. Paidós, Barcelona, 1994, pp. 37 ss.

²⁰ “Demasiados idealistas, demasiados pacifistas, demasiadas buenas personas y demasiados corazones nobles han hecho de lo espiritual una casa de retiro para los diversos reumatismos que acarrea la existencia. Al primer dolor dan un salto hacia el ideal, y en compañía de los grandes espíritus de todos los siglos y de todas las religiones, previamente vaciados de su carne y de su llama, reducidos al estado de fantasmas morales, hacen una triple y santa coraza de dulzura contra su misión de hombre. En el campo de los *Puros* se encontrarán todos los portadores de quimeras que condenan la acción, no porque esté manchada (aunque así lo piensen), sino porque no encuentran en ella ningún placer: los débiles, los indecisos, los mitómanos, los temerosos y aquellos que se las dan siempre de efebos, a quienes se les llama comúnmente *idealistas*. No trabajan por transfigurar la acción, la declaran un crimen. Incluso cuando creen actuar, se retiran hacia una línea de palabras generosas, palabras separadas del compromiso que en la elocuencia y en el fariseísmo están, aunque imperceptiblemente, en el centro de toda elocuencia moral. *Mi auto*, dice el burgués. Se equivoca: es el auto el que le posee a él. Es el auto el que se le impone; cuando el cielo está claro, le da la orden de marcha, y la carretera vibra bajo su paso; apenas se ha montado en él, el coche le acoge entre sus cojines, atrae sus brazos hacia los mandos y toma la iniciativa. A la vuelta, todos sus otros propietarios le esperan: su sillón, su puro, su periódico, su radio, su café, su teléfono y, dentro de sí mismo, ese otro él mismo que a veces desprecia, y que le aburre siempre. Su ideal de posesión es la languidez mortecina de los hábitos. Rebaño sin dueño de amores anémicos, prostitución del espíritu en todas las encrucijadas del tópico y del ídolo colectivo; del corazón a la dulce mentira de las visiones tranquilizadoras: del cuerpo a las comodidades del corazón y del espíritu. El poseedor y su bien se envuelven en una especie de inmunidad contra los cambios de la vida y el contacto de los hombres. La conquistadora envidia, el apego apasionado dejan lugar a un sentido miedoso y susceptible -solemne o delicado según el humor- de la inviolabilidad. Me contaron la historia de un hombre cuya vivienda fue desvalijada durante su ausencia, y que, incapaz de vivir en este lugar impuro desde entonces, se cambió de casa poco después. El burgués ha forjado un secreto de cajas fuertes, de presupuestos, de domicilios, de escándalos, hacia un *se ruega no tocar*, que no es otra cosa que una manifestación contra el amor” (MOUNIER, E., *Revolución personalista y comunitaria*. Ed. Zero, Madrid, 1972, p. 179).

racionalismo confía en *la razón* como la única capaz no sólo de eliminar los errores y de *hacer progreso al andar*, sino incluso como el instrumento que *nos ayudará a ser buenos*. Esta exaltación de la razón, a la que incluso se escribe con mayúsculas, deificándola como *diosa Razón*, se sirve del *método matemático* al mismo tiempo que menosprecia el valor de la experiencia sensible. Renato Descartes quiere descubrir toda la verdad y nada más que la verdad. Para eso somete a revisión crítica todas las enseñanzas filosóficas tenidas por verdaderas hasta entonces. De ahí la *duda metódica*, la duda como método implacable para llegar a la verdad:

Duda de los sentidos: “Todo lo que he tenido hasta hoy por más verdadero y seguro lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, he experimentado varias veces que los sentidos nos engañan y es prudente no fiarse nunca por completo de quienes nos han engañado una vez” (*Meditaciones metafísicas*, primera meditación).

Duda de la diferencia entre sueño y vigilia: “Considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños” (*Meditaciones metafísicas*, primera meditación).

- *Duda del valor de la imaginación*: A veces nos juega malas pasadas pues no siempre las cosas son tal y como nos las imaginamos, pensemos en la imaginación enfermiza del celoso en extremo.

- *Duda de la memoria*: ¡Y eso que aún no se conocía la enfermedad de Alzheimer!

- *Duda de Dios*: ¿Podría engañarnos Dios si quisiera? La respuesta es que sí podría, pues es omnipotente y nada puede resultarle imposible. El resultado de tanto dudar es el escepticismo: de nada podemos estar seguros.

Sin embargo esta etapa dio pie a la seguridad: aunque dude, mientras dudo existo, *pienso, luego existo*. “Pero advertí luego que, queriendo yo pensar que todo era falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuera alguna realidad; y observando que esta verdad *yo pienso, luego soy* era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérsela, juzgué que podía recibirla como el primer principio de la filosofía que andaba buscando” (*Discurso del método*, cuarta parte). Ahora bien:

- *Pienso luego existo* es distinto a *como luego existo*, afirmación que podría ser falsa porque procede de los sentidos engañosos.

- Descartes descarta del ámbito del saber puro a *los sentimientos*, por el mismo motivo.

- Yo puedo existir en el mundo sin el tú, de ahí que su método sea denominado *solipsista*.

- Por *pienso* se entienden únicamente aquellas actividades que desarrollo con la mente cuando ésta no engaña, esto es, cuando se ejercita matemáticamente: la matemática es el único saber seguro (idea que Edmund Husserl defendió aún el siglo pasado en *La filosofía como ciencia rigurosa*).

- ¿Y qué afirmo cuando aseguro que *existo* como resultado de haber pensado? Qué la verdadera vida del espíritu no está en lo sensual, sino en la sabiduría pura, conforme al el ideal del sabio de Platón y Aristóteles.

A partir de estas convicciones, he aquí las *reglas del método* para no engañarse:

Primera regla de la evidencia: “No admitir cosa alguna como verdadera que no supiera *con evidencia* que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y los prejuicios y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda” (*Discurso del método*, segunda parte).

Segunda regla del análisis: “Dividir cada una de las distintas facultades examinadas en cuantas partes fuera posible, y en cuantas requiriese su mejor solución” (*Discurso del método*, segunda parte).

Tercera regla de la síntesis: “Comenzar ordenadamente los pensamientos comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer para ir ascendiendo paulatinamente, gradualmente, hasta el conocimiento de los más complejos” (*Discurso del método*, segunda parte).

Cuarta regla de la enumeración: “Hacer en todos los casos unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a estar seguro de no omitir nada” (*Discurso del método*, segunda parte).

4. Necesaria rectificación: del *pienso luego existo* al *soy amado, luego existo*

Pero el constitutivo formal de la realidad no es la duda, ni su resultado, el descubrimiento hiperbólico del yo solitario, ni nada que no sea eso que pese a su uso degradado se denomina amor. La persona es -en expresión de Juan Rof Carballo- un ser sietemesino, que depende absolutamente en su existencia toda del cuidado y del amor de una persona, que a su vez lo haya recibido previamente de otra. La ternura se manifiesta ya en la caricia y en el contacto piel a piel, pues no sin razón afirmó Paul Valery que la piel es lo más profundo del hombre. Qué contraste entre el apriorismo kantiano, tan entusiasta del deber como alérgico al amor cuando criticaba explícitamente el cariño y las caricias a los hijos proporcionados por los padres, gente vulgar según decía, y las conclusiones obtenidas por A. Montagu poniendo de relieve la necesidad de la caricia, la sonrisa y la mirada en las diversas culturas: la visión del niño está enfocada precisamente a una distancia de unas ocho pulgadas, es decir, la distancia existente entre los ojos del niño y el rostro de la madre, hacia el que dirige el niño preferentemente la mirada durante su toma del alimento. Por eso, en sentido contrario, “quien recibe poca ternura ya no es capaz, en el resto de su vida, de dar a su turno amor; en realidad, amar por mandato no es posible. Sólo por el amor que el otro ha recibido es capaz, más tarde, de llevar a cabo, dentro de él, este mandamiento del amor”. A esta conclusión final llega Montagu desde su propio campo de trabajo: el único modo de aprender a amar es siendo amado, no en virtud de supuestos impulsos o mecanismos del propio yo.

Amar conlleva una verdadera creación del yo amado por parte del amante, la persona amada aparece ante sí misma como valiosa, digna y merecedora de algo

absolutamente gratuito y no estrictamente exigible, el amor. Surge así ya en ella el poder y la capacidad activa de amar, a su vez: “La persona que se siente segura del afecto logra mayor grado de autoestima. Esta reafirmación le otorga valor y puede atreverse a amar: para poder amar debe tenerse cierta confianza en uno mismo. Ser amada le confirma a una persona que es digna, que merece que la amen. En este sentido puede decirse que el sentimiento de ser amado es realmente un milagro”. Ello hace que este proceso humanizador primario sea bilateral, no unilateral. Este ambiente o atmósfera protectora, este entrambamiento, este entre-ambos de influjos mutuos, forma una urdimbre o entrelazado de causalidad transaccional, que no es una mera relación interactiva o de causa-efecto, sino la de un ser que actúa (la madre) sobre el niño al tiempo que lo acoge, y recíprocamente. El amor maternal no es algo instintivo e independiente de la actividad del infante y desligado de la experiencia filial, como tampoco el amor filial hacia los padres es algo independiente de la cantidad y del modo de los sentimientos placenteros experimentados en la relación filial con ellos. Si, pese a ello, se habla de “instinto maternal”, habría que añadir que tal fenómeno surge no de sí mismo, sino del encuentro con el pequeño ser humano hacia el que se dirige: el niño es paradójicamente el creador de su propia madre, el activo creador del amor materno, tarea aún por perfeccionar, pues, como dijera irónicamente el reconocido etólogo Konrad Lorenz, “el eslabón por tanto tiempo buscado entre el animal y el hombre verdaderamente humano somos nosotros”; nuestra época en su conjunto aún no ha accedido a su verdadera humanidad. Pasar de la situación hominal a la humana pide una agatología prospectiva al servicio del verdadero progreso humano.

Mientras tanto, en la dimensión psicológica de la experiencia amorosa primigenia se filtra un componente trascendente, que se manifiesta como confianza básica y que constituye el núcleo de la fe en que el mundo es algo lleno de orden, y eso es para el gran psiquiatra Juan Rof Carballo el barrunto básico que hace posible la fe religiosa. Desde la vivencia infantil de este orden, si el mundo tiene un orden, obedece a un principio, forzosamente se abrirá ante nosotros la realidad consoladora de un ser supremo que es, a la vez, amor previsor y orden de la existencia. Tras ese apoyo y seguridad físicas de la ternura existe la confianza básica, que no es sólo confianza en otro ser, sino, de manera mucho más definitiva y honda, confianza en ese supremo orden del mundo que se abre ante nuestros ojos todas las mañanas, con la reaparición de la luz, y ante el niño con el retorno constante de la sonrisa materna y, a través de los cuales, luz del día y sonrisa de la madre, se le presenta al hombre un orden superior que le trasciende, en la renovación constante del misterio de la creación. La experiencia de sentido, orden y coherencia de la realidad nos viene, pues, dada originariamente en la vivencia de un amor que confiere seguridad y confianza. Desde esta fe, que incluye esperanza y amor, se propicia una conexión íntima y profunda con la experiencia antropológica: “Si a este amor primario añadimos ahora la confianza y la esperanza básica, nos encontramos con las virtudes teologales”. En el fondo, la actitud filosófica y religiosa, así como la pasión por el arte, nacen de algo que no está demasiado lejos de ese osito de trapo que el niño aprieta contra sí para no sentirse demasiado solo antes de conciliar el sueño. La universalidad de la experiencia del Amor básico creador está allende las concreciones explícitas particulares de tipo confesional: todo amor es, de

alguna forma, eros diatrófico o tutelar, eros creador, y supone como trasfondo existencial, aunque quien lo practique sea un incrédulo o un agnóstico, esa confianza trascendente en una realidad que, en su última instancia, es amor y que nos da fe y esperanza.

Yo despierto a la autoconciencia por la llamada de un tú amante, diligor ergo sum: soy amado luego existo. La originaria objetividad de la experiencia de sí mismo ocurre necesariamente en la subjetividad del encuentro confiado y amoroso con las otras personas; se experimenta uno a sí mismo al experimentar al otro, no a lo otro. Tal experiencia de sí mismo o auto-experiencia acontece en la unidad con la experiencia de los otros; quien no encuentra al prójimo tampoco se encuentra a sí mismo, no es capaz de identificarse consigo mismo. De este modo la autorrealización depende indisolublemente de la manera como un sujeto realiza su encuentro con el otro. El niño se estima a sí mismo porque es estimado; se acepta a sí mismo porque es aceptado; descubre el porvenir como acción suya, vida suya. Tan fundamental en esta urdimbre como el troquelado o la transmisión de pautas perceptivas es la tendencia del individuo a liberarse de ellas, a rebelarse contra el mundo que se le transmite, tratando a su vez de configurarlo a su manera. Para modificar libremente esas pautas transmitidas es preciso que la urdimbre primera haya permitido el desarrollo de la inteligencia, es decir, que hayamos sido acogidos y no rechazados, amados y no odiados por el mundo de los mayores. Para ser plenamente libre es preciso haber sido tutelado con amor en la infancia, pues toda ausencia de amor en el período constitutivo del hombre se paga más tarde con una esclavitud. En la toma de autoconciencia el tú precede a la afirmación del yo; de lo contrario, la persona experimentará una angustia básica: privada de un ámbito acogedor, verá al mundo entero como un lugar peligroso y terrible y se encontrará sola y desarmada en medio de él, siendo la esquizofrenia una de las graves derivaciones originadas por esa inseguridad ontológica. Por la confianza originaria o básica se desarrolla ese estado de confianza primaria en la realidad que se adquiere en los albores de la vida, al tiempo que se sienta la base para sentirse aceptable siendo uno mismo: la urdimbre proporciona o no, según haya sido tejida en los primeros meses de la existencia, una esperanza fundamental o sustrato biológico de la esperanza. Cuando ella falla, no sólo se convierte el mundo en algo absurdo, caótico e inexplicable, sino que además alguien tiene que ser responsable-culpable de todo ello. Y este alguien resulta ser, casi inesperadamente, el propio yo carente de confianza básica. Surge así un primigenio sentimiento de culpa, el cual viene a obedecer a este singular razonamiento inconsciente: si no me aman es porque no soy digno de ser amado, es decir, porque soy despreciable. No me abrazan, luego no existo²¹. Bien se ve que en el soy amado luego existo no cabe en el pienso luego existo. El mundo de la vida se le escapa bajo la idea del mundo de la vida, de tal modo que:

- Si para Descartes el yo es la primera experiencia, aquí el tú que se adelanta a amarme.

²¹ Cfr. DÍAZ, C., *Manuel Cabada, personalista comunitario: el amor como energía esencial humanizadora*, en: IDEM, *Por respeto al otro*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2006, pp. 27-57. En la obra del maestro Manuel Cabada hemos encontrado una línea de pensamiento enormemente afín a la nuestra, en su caso excepcionalmente bien labrada.

- Si para Descartes impera la voz activa, ejecutiva, asertiva de un yo, aquí rige primero la voz pasiva (soy amado) de la que brotará la voz activa: el tú se adelanta.

- Si para Descartes los sentimientos son desdeñables, aquí resultan esenciales para la relación yo-tú.

- Si para Descartes el cuerpo es todo él sujeto de error, aquí, posibilidad de encuentro.

- Si para Descartes el frío pensar matemático es lo único fiable, aquí, la razón cálida.

“¿Por qué te metes tanto con Descartes, si hace un esfuerzo titánico para acercarse al *tú*?”, me decía hace unos días un excelente colega a quien tengo en mucho. Y yo le respondía: “No es que Descartes no se esfuerce, es que se esfuerza con la herramienta inadecuada de su razón fría. ¿Has visto algo más patético al respecto que su *Tratado de las pasiones*?”